

## A MODO DE POÉTICA

Claudio Rodríguez

*[El texto que sigue es un fragmento principal del discurso que escribió Claudio Rodríguez al serle concedido el II Premio de Poesía Iberoamericana "Reina Sofía" en 1993. Hemos prescindido de la parte protocolaria y lo publicamos así por parecernos que es reflejo de la poética que siempre presidió el ánimo del poeta zamorano]*

La poesía ha de estar en el pulso y cambio de las costumbres, del lenguaje. Ya escribí que la generosidad y la destrucción de la vida en el sentido más profundo hacen que la poesía sea rebeldía y salvación; la inconformidad le es esencial en busca de la libertad. Hoy mismo la ciencia, la técnica, las relaciones matemáticas, físicas y químicas, además de los medios de comunicación y del intento de hacer la cultura internacional, en fin, del "experimental apparatus" indagan un hecho externo mientras el poeta ha de ensimismarse y ofrecerse en la aventura y en la efusión de su verdad interior. La vida, y mucho menos el vivir actual tan mecanizado y mercantilizado, egoísta en suma, no es poesía pero la poesía es vida. Y, en consecuencia, extraña moralidad, no en fórmulas ni programas, como faro y propaganda sino en el sentido de la configuración de la persona con su espontaneidad y su responsabilidad. Hay que evitar que no haya "cosa con cosa", que no haya "hombre con hombre"... "todos viven en acechanza los unos con los otros..." ya decía Guzmán de Alfarache.

El alma, como el cuerpo, es plástica y no armónica y en el contorno de la contemplación y de la meditación, que llega hasta el rezo sufrido, se conoce a sí misma tan sólo en fugaces momentos inefables y duraderos quizá semejantes a una geometría y a una teología temporales e intemporales al mismo tiempo, como musicalidad estremecida o como un color que se desligue y se maciza o como el fluir ilusionado del río Duero con su música y su olor, su eterna empresa y su fundación entrando a cada instante en la casa del hombre.

# A MODO DE POÉTICA

[...] La poesía da vida aunque hable de muerte: está en todo, recoge en su seno, como la tierra y el cielo ahora, recién comenzado el invierno, su hermosura y su fruto esperado y cierto y da conciencia de la historia, de la posible unidad sin fronteras pero localizada en tantos países a través de las generaciones como polen y savia, semilla y oleaje, marejada y espuma, manantial. Sin poesía, sin arte verdadero, fuera de perifollos y alharacas, etc., una civilización queda desnucada sin su columna espiritual y vertebral. Y es que, según T. S. Eliot, la función social de la poesía, en su más amplia acepción, "incide sobre el habla y la sensibilidad de toda la nación" y, añadido, en nuestra cultura y en la de todos los países y en todos los corazones fraternos desde nuestra Península hasta la Tierra del Fuego.

Es el conocimiento, el latido y el estudio expresados. Un canto y un suspiro, un deslumbramiento, una reverberación interior, que nos transfigura y nos traspasa con el lenguaje tan pronto como la imaginación vibra densa junto al pensamiento. Porque el arte auténtico crea algo nuevo, si no, no es nada: por ello es ideal y tiene que ver esencialmente con la unidad, la claridad imposible de la creación, que no necesita ni aspira a llegar a una comunidad en determinados procesos históricos ni aún menos a la fijación de los hechos culturales ya que están como en vilo y cambiando como la luz al respirar en el medio mismo de la poesía.

Fray Luis de León, desde Salamanca, escribe:

*Y como se conoce  
en suerte y pensamiento se mejora;  
el oro desconoce  
que el vulgo vil adora,  
la belleza caduca engañadora.*

El mundo es impuro y el poeta verdadero es puro aun a pesar suyo. Se trata de mejorar, de que nuestra vida sea fecunda y generosa porque el principio del amor es la entrega, como el de la poesía.